



El Discreto

DIRECTOR Y REDACTOR
FEDERICO J. SILVA
REDACTOR
TEOFILO M. SANCHEZ

PERIÓDICO SEMANAL
LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, TEATRO Y MODAS

DIRECTOR ARTISTICO
ALFREDO GODEL
ADMINISTRADOR
FRANCISCO I. ELZAURDIA

Año II

Montevideo, Octubre 29 de 1885

Núm. 74

SUSCRICION: *En la Capital*—Por un mes, 1 \$; por seis meses, 5 \$; por un año, 9 \$. *En Campaña y Exterior*—Por un mes, 1\$20; por seis meses, 6 \$; por un año, 10\$.
NÚMEROS SUELTOS: *Del día*, 30 cents.—*Atrasado*, 40 cents.



GENERAL D. MANUEL FREYRE

DE JUEVES A JUEVES

(DÒSIS HOMEOPÀTICA)

El aumento de los grabados que se nota en este número y la abundancia de materiales, nos impelen á reducir considerablemente esta sección.

Por otra parte ha existido también, en los días transcurridos, carencia absoluta de novedades en los centros sociales, exceptuándose el concierto del Casino Italiano y el enlace del joven Arraga con la distinguida señorita de Francia.

Por esas calles de Dios no se habla de otra cosa que del incendio de la tienda de Cambroni y de la huelga de los célebres barrenderos de calles y de bolsillos.

Vaya si son dignos de mención estos sucesos!

Así lector discúlpame y.... paciencia y barajar que para el otro número te prometo más.

Ha sido un acontecimiento social la boda de la distinguida señorita María Francia con el caballero D. Reinaldo Arraga.

Tuvo lugar la noche del sábado, en la casa habitación del general Francia.

La fiesta con que se festejó el enlace fué una cita de la elegancia y el buen tono.

Verificada la ceremonia religiosa dió principio el baile.

El salón vióse poblado de hermosas mujeres que con el imán de su belleza arrastraron tras de sí á sinnúmero de jóvenes compañeros del novio que iban allí en busca de agradables momentos.

Sus esperanzas no las vieron defraudadas, pues, ninguno será el que hoy no recuerde con cariño la noche del sábado.

La novia fué objeto de muchos regalos—en flores no mas había un dineral.

Vestia un hermoso traje confeccionado por la principal modista de Montevideo.

Imposibilitados por la falta de espacio, tenemos que reducir la crónica al extremo de concretarnos á la sola revista de las personas asistentes:

Señoras Ramona P. de Francia, vestía de gró negro y bordados; Joaquina Vidal de Arraga, de raso negro y oro viejo; Emilia Vidal de Britos, de terciopelo negro azabache y perlas; Ana P. de Vida, de raso crema mervilleux; Carolina T. de Mendeville, de otoman pompadour y terciopelo marron brule; Matilde E. de Platero, de terciopelo negro y raso punzó; María A. de Requena, de terciopelo negro é Inglaterra; Cira V. de Espina, de raso blanco y lilas; María C. de Pringles, de raso blanco y flores rosadas; Cármen F. de Vaillant, de terciopelo negro y Chantilly; Carolina de Moreno, de raso celeste y oro viejo; Justina A. de Escardó, de raso violeta y encajes; señora de Lopez Jordan, de gró negro y azabache; señoras de Vidal, de Villalba, de Rodriguez y Flores, de negro; Cármen P. de Martinez, de terciopelo negro frappé; Clorinda L. de Aubriot, de raso blanco é Inglaterra.

Señoritas Pepa y Lola Lopez de Jordan, de tul blanco y lilas blancas; Cármen Martinez, de raso blanco y palomitas bordadas; Amelia Martinez, de raso blanco y rosas malmaison; Maria Martinez, de raso blanco y perlas; Maria Lafone, de raso blanco; Pepa Vaillant de raso y azabache crema; Maria Labadie, de raso y tul blanco; María Luisa Vidal, de blanco y escocés; Maria Vidal y Francia, de raso celeste y botones de oro.

Señores: Blás Vidal, Dr. Francisco A. Vidal, Enrique B. Moreno, Allen, Comandante Nuñez, Martinez, Rodriguez, Flores, Pringles, Platero, Lafone, Diaz, Alvarez, Villarnobo, Vaillant, Villegas, Pierra, Lopez Jordan, Pacheco, García Santos, Lerena, Durán, Piñeiro, Fynn, Marquez, Fournier, Arraga, Vidal, Ribero, Buena, Martinez, etc.

Durante toda la noche no decayó un solo momento la animación y el contento de todos.

Llegó la sublime hora y se abrieron las puertas del buffé.

Pocas veces Mr. Pascal ha servido mejor una mesa.

Que el sol de la felicidad no encuentre horizonte en el porvenir de los nuevos cónyugues.

NUESTROS GRABADOS

General don Manuel Freire

Difícil nos ha sido conseguir el retrato del general don Manuel Freire, otro de los Treinta y Tres, con que honramos las columnas de la sección correspondiente; pero creemos que el que presentamos á nuestros lectores, aun que sacado de una fotografía muy pequeña y demasiado confusa, es de un parecido bastante bueno.

Respecto á los datos biográficos, no hemos podido obtener todos aquellos que deseábamos para presentar su larga vida de servicios á la patria en sus mayores detalles; pero esperamos poderlo hacer más adelante.

El general Freire desde muy joven perteneció á esa privilegiada pléyade de nuestra independencia, y los campamentos gloriosos de la patria lo conocieron cuando aún no apuntaba el bozo sobre sus labios.

Quando se realizó la pasada de los Treinta y Tres ya figuró con el grado de capitán y como todos ellos se halló en los principales hechos de armas de la gloriosa campaña del año 1825 á 28.

Fué hombre muy honrado, y trabajador, militar valiente cuando la patria reclamaba su brazo, partidario decidido y leal á su divisa en la luchas civiles, lo que le originó morir fusilado en el paso de Quinteros el año 1858—Su busto en mármol se vé en el monumento que sus correligionarios levantaron á todos los Jefes que en ese día fatal sucumbieron.

De los grabados de la cuarta y quinta páginas, encontrará el lector la explicación en las mismas.

POETAS AMERICANOS

II

JUSTO SIERRA

MEJICANO

Este escritor es una de las futuras glorias literarias de la República de Méjico. Sus poesías líricas son notables. En el folletín del *Monitor* de Méjico, ha publicado muchas de sus composiciones con el título de *Conversación del Domingo*. Esa *conversación* poética de Sierra es la poesía inocente y bella; es la virgen llena de atractivos y de pasión, pero que no está inficionada por la maldad social, que no lleva en sus labios puros el pliegue de la malignidad.

La poesía de Sierra, elevada y sublime en sus cantos, en sus *conversaciones* sonrío y se ruboriza.

A este poeta pertenece en Méjico el honor de haber introducido este género de literatura. Sierra en ese estilo hechicero y sabroso es una notabilidad.

La *Conversación del Domingo* es un capricho literario, pero un capricho brillante y que deleita.

Como poeta dramático no ha obtenido el éxito que como poeta lírico.

Para dar una demostración del génio de este literato Mejicano, insertamos á continuación una composición suya, que es de actualidad por el calor con que nuestra juventud se dedica á las cuestiones de las escuelas espiritualista y materialista. Esa poesía no es conocida entre nosotros, ó si lo es, por muy pocos—Héla aquí:

En la Inauguración de los cursos orales del Colegio de Abogados

¿A qué Dios levantais estos altares?
¿Y por qué con fragmentos seculares
Haceis un nuevo templo entre ruinas?
¿El Derecho? Es un nombre del pasado;
Esqueleto grandioso sepultado
En el polvo imperial de las colinas.

¿Por acaso, vosotros
Vivís de espaldas á la luz? ¿Ignora
La nueva ciencia vuestra antigua calma?
¿No visteis disiparse en una hora
Esas sombras que huyeron de la aurora,
Dios, el deber, la libertad y el alma?

No nos habéis ya más del triste día
En que por esas voces sin sentido
El hombre en el patíbulo moría;
No evoqueis esas épocas distantes
En que sobre los siglos descollaban
Las cabezas de algunos delirantes.
El sabio ha sorprendido,
Recordando aquél tiempo funerario,
El nervio que vibrando ha producido
Los momentos supremos del calvario.
Y también encontró la ciencia austera
La enfermedad que iluminó la historia
De Juana D'Arc, con la inmortal hoguera;
Hoy brilla el día de la humana gloria:
Los espectros pasaron para siempre;
Los sueños de Platón, los que por coro
Del mar tuvieron el perenne grito
● Son un celage de oro
Perdido en el azul del infinito.

¿Porque habláis de derecho? Alzad la frente:
¿Veis esa espuma blanca en el espacio?
Cada átomo es un sol incandescente,
Un mundo es cada chispa de topacio...

Bajad la vista... A vuestros piés reposa
En las húmedas yerbas palpitantes
La flor que al cielo muestra ruborosa
Su tocado de trémulos diamantes.

Ese sol y esa gota de rocío
Dos moléculas son del Universo,
Sugetas ambas á la ley suprema
Que el movimiento de los séres fragua,
Y que engasta en su espléndida diadema
Al sol de fuego y á la gota de agua.
Esa ley es la fuerza. ¿Porque el hombre
De la escala eternal grada mesquina,
Una excepción sería? Fuerza eterna,
Inmutable, inconsciente, dí, ¿qué nombre
Se ha dado al sér humano que adivina
Tu acción en su cerebro? Se ha llamado
Libertad. ¿Libertad? Mirad en torno.

Del calor, de la luz que el sol derrama
Nacen las fuerzas que la piedra encierra,
Bebe en ellas la vida intensa llama,
Una faz de la vida de la tierra
Es el hombre. La luz que del sol toma
El planeta al cruzar el firmamento,
En el lirio gentil se llama aroma,
Y en el hombre se llama pensamiento.

La luz, hé ahí el creador, su fulgurante
Movimiento produce el génio, nada
Huye de su mirada centellante;
Llora en el drama, ríe en el idilio;
Ese destello lúgubre es el Dante,
Ese rayo purísimo es Virgilio.

Todo es fatal y necesario. El templo
Cerrad, pues; no hay un dios para estas aras.
¿Qué fé, que fuerza interna aquí os retiene?
¿Qué verdad superior su sello imprime
En vuestra estéril ciencia?
¿No veis que todo en la creación oprime?

¡No! Sentimos alzarse en lo profundo
De nuestro ser un Dios que no se nombra
Pero que eternamente alumbrá al mundo
Con la luz que jamás produce sombra.
Es el testigo austero del misterio
De nuestra vida, el que á la ciencia humana
Arrancó de su inmenso cautiverio.
Él hizo del derecho una creencia;
Sol del mundo moral de quien emana
Una protesta eterna: la conciencia.

He ahí el divino origen de la idea
A cuyo noble estudio haceis propicio
Este modesto templo,
Do se llega á saber que el sacrificio
Es algo más que un hecho, es un ejemplo.
Por eso aquí se rinde
A la persona humana un culto santo;
Al hombre, al ser que á su conciencia debe
En la escala immortal ir ascendiendo,
Y haber tenido en su penosa vía
La sonrisa de Sócrates muriendo,
Y el sollozo de Cristo en la agonía.

Al hombre que no solo ha descubierto
La vida entre los soles derramada,
Y que en su corazón el eco siente
De la creación entera que palpita
A par del ritmo de su sangre ardiente;
Sinó que supo con supremo aliento
Acallar los embates furibundos
De la pasión, y hallar, con noble calma
A Dios, en la conciencia de los mundos,
Y en su conciencia el alma.

Comenzad vuestra obra;
El libro del derecho abrid serenos,
En sus pájinas puras, fuente inmensa
De razón y verdad tendrán los buenos;
Comenzad vuestra obra, en ella impere
Esta fórmula augusta que condensa
El trabajo immortal que el mundo inicia.
¡Oh Libertad! bajo tu santo nombre:
—Ni hay otra religión que la justicia,
Ni hay otro rey que el hombre.

1875.

LITERATURA

Las fiestas de San Simón Garabatillo

(TRADICIÓN PERUANA)

Faustino Guerra habíase encontrado en la batalla de Ayacucho, en condición de soldado raso. Afianzada la independencia obtuvo licencia final, y retiróse á la provincia de su nacimiento, donde consiguió ser nombrado maestro de escuela de la villa de Lampa.

El buen Faustino no era ciertamente hombre de letras; mas, para el desempeño de su cargo y tener contentos á los padres de familia, bastábale con leer medianamente, hacer regulares palotes, y enseñar de coro á los muchachos la doctrina cristiana.

La escuela estaba situada en la calle Ancha, y en una casa que entónces era propiedad del Estado, y que hoy pertenece á la familia Montesinos.

Contra la costumbre general de los *dómines* de aquellos tiempos, don Faustino hacía poco uso del látigo, al que había él bautizado con el nombre de *San Simón Garabatillo*. Teníalo más bien como signo de autoridad que como instrumento de castigo; y era preciso que fuese muy grave la falta cometida por un escolar para que el maestro le aplicase un par de azóticos, de esos que ni sacan sangre ni levantan roncha.

El 28 de Octubre de 1826, día de San Simón y Judas, por más señas, celebróse con grandes festejos en las principales ciudades del Perú. Las autoridades habían andado empeñosas, y mandaron oficialmente que el pueblo se alegrase. Bolívar estaba entónces en todo su opogeo, aunque sus planes de vitalicia empezaban ya á eliminarle el afecto de los buenos peruanos.

Solo en Lampa no se hizo manifestación alguna de regocijo. Fué para los lameños día de trabajo, como otro cualquiera del año, y los muchachos asistieron, como de costumbre, á la escuela.

Era ya más de medio día cuando don Faustino mandó cerrar la puerta de la calle, dirigióse con los alumnos al corral de la casa, los hizo poner en línea, y llamando á dos robustos indios que para su servicio tenía, los mandó que *cargasen* á los niños. Desde el primero hasta el último, todos sufrieron una docena de latigazos á calzón quitado, aplicados por mano de maestro.

La gritaría fué para ensordecer, y hubo llanto general para una hora.

Cuando llegó el instante de cerrar la escuela y de enviar los chicos á casa de sus padres, les dijo don Faustino:

—Cienta, picaros godos, con que vayan á contar lo que ha pasado! Al primero que descubra yó que ha ido con el chisme, lo *tundo vivo*.

¿Si se habrá vuelto loco su merced? se preguntaban los muchachos; pero no contaron á sus familias lo sucedido, si bien el escoror de los ramalazos los traía ali-quebrados.

¿Qué mala mosca había picado al *magister*, que de suyo era tan manse de génio, para repartir tan furiosa azotaina? Ya lo sabremos.

Al siguiente día presentáronse los chicos en la escuela, no sin reclamar que se repitiese la función. Por fin, don Faustino hizo señal de que iba á hablar.

—Hijos míos, les dijo, estoy seguro de que todavía se acuerdan del rigor con que los traté ayer, contra mi costumbre. Tranquílense, que estas cosas solo las hago yo una vez por año. ¿Y saben ustedes por qué? Con franqueza, hijos, digan si lo saben.

—No, señor maestro,—contestaron en coro los muchachos.

—Pues han de saber ustedes que ayer fué el santo del Libertador de la patria, y no teniendo yo otra manera de festejarlo y de que lo festejasen ustedes ya que los lameños han sido tan desagradecidos con el que los hizo *gentés*, he recurrido al chicote. Así, mientras ustedes vivan, tendrán grabado en la memoria el recuerdo del día de San Simón. Ahora, á estudiar su lección y ¡viva la patria!

Y la verdad es que los pocos que aun existen de aquel centenar de muchachos, se reúnen en Lampa el 28 de Octubre, y celebran una comilona, en la cual se brinda por Bolívar, por don Faustino Guerra y por San Simón Garabatillo, el más milagroso de los santos en achaques de refrescar la memoria y calentar partes pósteras.

RICARDO PALMA.

EL TREN DEL AMOR

(DOLORA EN PROSA)

Como quiera que en el día no está de moda el que los amantes infortunados se suiciden, cual era de ritual en los tiempos del romanticismo, no extrañarán mis lectores que yo, después de regañar con mi novia, tomase el tren en vez de levantarme la tapa de los sesos. No le tomé en una estación de partida, sino de tránsito; y como la parada en ella era brevísima, tuve forzosamente que buscar dónde meterme, con mucha precipitación. Mas, como

por el estado de mi espíritu deseaba viajar sólo, después de meter las narices en dos ó tres wagones, casi llenos, instintivamente me meti en uno donde no había más que dos personas.

En cuanto, cerrada la portezuela, me volví, saludando á mis compañeros de viaje, sentí arrepentimiento de haber penetrado en semejante wagón, y tuve ánimo y aún hice ademán de bajarme; pero el tren se puso en marcha en aquél momento. Mi deseo no realizado reconocía por causa un sentimiento, no sé si de egoísmo ó de delicadeza: mis compañeros eran un varón, si no santo, en estado de beatitud, y una mujer feliz... porque era amada. Con efecto, no tuve más que fijar en ellos mis ojos para percibir que les circundaba la aureola del idilio, y tanta felicidad, ó me hacía daño, ó... me daba pena turbarla. Lo cierto es que sentí mucho el encuentro y me senté en un rincón, opuesto en diagonal al que ocupaban los amantes, prometiéndome dejarles solo en cuanto volviera á detenerse el tren.

Ella estaba indolentemente recostada en el rincón. Su cuerpo delgado, de líneas elegantes, estaba bestido con un traje de lanilla color café con leche, moteado de florecillas de tonos vivos de sedosa brillantéz. Habiase quitado el sombrero de viaje, el cual, envuelto en sus propias gasas color café, estaba sobre el anaquel de red que corría por todo el testero del wagón.

El rostro de la jóven, pálido, tranquilo, sin arrugas ni sombras en el entrecejo, las pestañas cuidadosas del recato, los azules ojos llenos de ese deliquio que quita ardor á la pupila pero presta intensidad á la mirada, los labios cerrados y como sellados con la sonrisa del primer beso de amor... Solo aquél rostro me hubiese dicho que aquella alma era feliz. Pero todo lo demás pregonaba también que en la mañana de aquél mismo día, la Iglesia les había impuesto el yugo, y el sacerdote les había tomado los eternos juramentos. Elera guapo, con rizada barba castaña, ojos negros, de cuya expresión no podía yo enterarme muy bien porque para mirarla á ella me volvía la espalda. Vestía un traje gris, de americana, elegante sin ser de *la última*, y el sombrero le había tirado sobre el asiento frontero al mio. Los novios se contemplaban sin hablarse, al ménos desde que yo entré y durante el rato no cortó que empleé en reparar los detalles descriptos. Con los rostros apoyados sobre el respaldo del asiento y dejándose zarandear ligeramente por el movimiento del tren, permanecían con las manos enlazadas, la derecha de él y la izquierda de ella, puestas sobre el asiento.

Yo observaba todos estos detalles con desden y con respeto á la par. ¡Ah, desden! Si, ¿por qué no confesarlo? desden. Tan vanidoso es el hombre que se complace en despreciar todo aquello que quisiera poseer. Como ya he indicado, acababa de separarme para siempre de la mujer á quien hué de enamorar y rendir mi corazón. En efecto, la enamoré y me rendí ante ella, pensando hallar en su alma un tesoro de afección profunda, de ternura dulcisima. ¿Y qué hallé? ¡Miserio de mí! ¿Despego, antipatía, aborrecimiento? ¡Ojalá! Así hubiera tenido razón sobrada para despreciarla. ¡Hallé hielo! Pero hielo cuya horrorosa impresión de cuchillo homicida llegaba hasta mí y me destrozaba lentamente sin que en ella quedase remordimiento. Es que ella pensaba de buena fé que aquello era amarme; es que no sabía sentir de otro modo, es que no tenían mayores alcances las energías de su alma; es que no comprendía mi cariño.

Lector, pide á Dios, ó á los Santos, ó á los jenios espirituales ó infernales en quienes tengas puestas tu confianza, que te libren de semejante decepción, de absurdo tan horroroso. Aquél no concertarse las almas, aquella ceguera de los sentidos de ser amado, aquel ensordecimiento de sus facultades de pensar, aquel mutismo de su corazón, aquella paralización de las fibras de su sentir... y todo cuando mi alma ansiaba unión y consorcio indisoluble, cuando mis sentidos morían por recrearse con inefable gozo, cuando mi pensamiento anhela concertar el comercio intelectual y la unidad de miras y pensamientos que vale más que las frases galantes de los labios halagadores y las sonrisas de los ojos, cuando mi corazón se consumía al ver que sus ternezas delicadas eran moneda sin valor; al ver, en fin, que las fibras de mis sentimientos desfallecían, faltas del impulso secreto que debiera hacerlas vibrar con intensidad y con placer infinito... todo esto, te lo juro, lector, es el más bárbaro de los suplicios y el más monstruoso de los contrasentidos. Y, sin embargo, es verdad; no son ficciones de mi loca imaginación, son realidades de mi triste experiencia.

Repito que ella pensaba de buen grado que me quería. ¿Cómo no había de pensarlo si entendía así el cariño? Quizá tuviera la duda inconsciente de que yo no la correspondía, y sin darse cuenta de ello experimentase iguales fenómenos su espíritu. Pero no se daba cuenta de la separación absoluta que existía entre nosotros; si presentía sombras pensaba que eran muy fáciles de desvanecer. Y si ella entendía así el cariño, ¿cabían quejas de mi parte? ¿Con qué derecho se exige á nadie lo que no puede dar?

¿Y en qué podía consistir esto? ¿Es que estábamos á distinto nivel moral? ¿Existen categorías en esto del sentir y del amar? No lo sé. Solo puedo asegurar que, contemplando ante mí ya con ménos desden la dulce pareja de los novios, y pensando entónces todo lo que acabo de apuntar, me decía como resumen de mis razonamientos: «La mujer y el amor son dos problemas insolubles.

Después de volver siempre á esta conclusión, como quien dá vueltas por un sendero circular, sentí deseos de distraerme y torné la vista hácia el paisaje que en eterna solución de continuidad, siempre fugitivo, se me ofrecía desde la ventanilla. Fijando los ojos

en cosas triviales, y haciendo un esfuerzo para aquietar la indómita imaginación que no tan de grado quería apartarse de las metafísicas amatorias, conseguí permanecer largo rato sin pensar en nada, dejando pasar muchas ideas que se ofrecían solicitadoras é insistentes. Aquel silencio mental se prolongó bastante. Tanto que el tren se detuvo en dos estaciones, y yo no me bajé para cambiar de wagón.

Los amantes cruzaron en este largo intervalo algunas palabras, de las cuales solamente percibí el rumor. Después reinó silencio absoluto. Después escuché un prolongado suspiro. Volví los ojos hácia el grupo fatídico y los hallé dormidos profundamente, conservando las manos unidas. A ámbos le servía de almohada el respaldo del asiento, y ámbos seguían con los rostros afrontados, como si mientras durmiesen, sus ojos estuvieran contemplando sus almas. El había apoyado los piés en el asiento de enfrente.

La ocasión no podía ser más propicia para contemplarlos á mi sabór. Sin duda estaban rendidos del madrugón y del cansancio, más moral que físico, de aquel día. La felicidad rinde al espíritu como las pesadumbres. Ella, dormida, estaba muy hermosa, con sus cabellos tan bien peinados y lustrosos, su frente tranquila, blanca, angelical, las cejas graciosamente arqueadas, los párpados caídos como dos pétalos de pálida rosa, la boca dibujando una sonrisa...

Era una imagen tan amorosa, tan dulce, tan llena de candor... que no pude ménos de envidiar á aquel hombre que dormía á su lado, reteniendo la mano de ella en la suya. Y él dormía tan tranquilo, tan feliz...

«Entre vosotros no hay separaciones, no hay diferencias imposibles de concertar—pensé con amarga melancolía.—Ese hombre no ha conocido lo que es amar sin hallar satisfacción entera en el cariño de su amada... Ama y le saben amar. ¡Qué dichoso es! ¿Quién sabe si mi decepción está en mí solo y no en la mujer á quien enamoré? ¿Quién sabe si soy yo quien no he sabido corresponderla! Yo, el que tal vez, al creer que se ama con la masa encéfálica mejór que con el corazón, he matado para siempre en mí las energías del amor? Cuando quizá el amor no sea más que ese dulce dormir de dos almas juntas, pero sosegadas y risueñas...»

Lancé un gran suspiro al final de este discurso mental que me sujería horribles remordimientos, y al rumor de mi suspiro la recién casada abrió los ojos y los fijó en mí. Yo, movido por un impulso avaricioso, entorné los míos, fingiendo que también dormía. Deseaba que se durmiese otra vez para seguirles observando. La jóven puso en el rostro de su marido una mirada lánguida y dulcisima, que parecía una caricia, la cual se prolongó hasta que sus candorosos párpados descendieron suavemente, y, dando un suspiro callado, se quedó dormida.

«Qué bruto soy—continué.—Tenía metido ahí, en lo más escondido de mi espíritu, en ese rincón donde se ocultan todas las negaciones, la idea criminal y villana de que la mujer era incapaz de sentir amor; fuese por efecto de su educación, por su modo de ser ó no sé por qué... ¡Ah, picara duda, perversa duda, sal de ahí y aléjate de mí para siempre! No más presunciones y vanidades; no es el hombre superior á la mujer, ni ésta y el amor son un problema insoluble. ¡Ahí tienes dos seres que han resuelto el problema...»

Desde este momento la atmósfera moral del wagón se me hizo muy pesada. Así que en cuanto el tren hizo alto en una estación me bajé, pero sin intención de cambiar de departamento sino solamente para cambiar de aire... para ventilarme.

Discurriendo por el andén de la estación tropecé con un amigo y juntos paseamos charlando y fumando. Me dijo que iba en un departamento con su mujer y sus hijos; éstos necesitaban baños de mar; iban de veraneo.

De pronto cambió un saludo familiar con una buena moza, morena, graciosa, con ojos negros y provocativos, que estaba asomada á una ventanilla.

—Amigo, qué amiguitas tiene usted,—le dije observando á la buena moza y como queriendo olfatear su *ganadería*.

Mi amigo, en tono de confidencia, me contestó:

—Esa prójima corre por mi cuenta.

Cuando volví al wagón los novios seguían dormidos. Al contemplarlos de nuevo ya no me inspiró tanta fé su amor y la veracidad de sus juramentos.—¿Estará turbando el sueño de ese hombre—pensé—la duda de ser amado? ¿Tendrá la seguridad de serlo siempre? ¿Es que el amor se marchita por ley fatal?...»

No quiero seguir apuntando todo lo que pensé.

De pronto despertóse el amante, bostezó, y levantando cuidadosamente la mano de su mujer, estampó en ella un beso. Ella entreabrió los ojos, y con una sonrisa de todo el rostro, que difuminándose poco á poco, fué á esconderse en el misterio de su dulce soñar, volvió á dormirse.

Entónces caí en la cuenta de que yo estaba haciendo allí un papel muy ridículo, y sacando un libro, una novela, me puse á leer, reprochándome de no haberlo hecho desde el comienzo del viaje. Pero la tarde desfallecía ya y á muy poco rato me quedé sin luz. Cansado de filosofar, me crucé de brazos, busqué postura cómoda, y cerré los ojos para dormir de veras. Antes de conseguirlo pensé: «El mismo tren nos conduce: á éstos enamorados al paraíso, á ese barbarote que viaja con su mujer y con la *otra*... al infierno, y á mí... al limbo. Así es la vida, así viajamos todos los mortales en el *tren del amor*...»

Mi querido Silva.

Voy á servirle una ensalada, pero una ensalada de hombres ilustres. Son caricaturas pero le garanto el parecido, el *Figaro* de Paris es quien me ha proporcionado el material. Empezaré por el más noble de todos « á tout seigneur tout honneur. »

Le presento pues á su Alteza Real el *Príncipe de Gales*, pre-



sunto heredero de la corona de Inglaterra, de quien puede asegurarse que es un parisiense y hasta podría decirse un Champenois, si se considera el amor que profesa á la cosecha del Champagne. Buen vividor, principe amable, será seguramente el monarca más constitucional.

Pero hé aqui á *Enrique Rochefort* que quiere matar á ese po-



bre principe para vengar la muerte de Olivier Pain, ahí tiene ese conde de Luçay que ha pasado de la comedia al periodismo, que ha mordido el imperio y destrozado al pobre Julio Ferry—tiene como Diógenes una linterna en la mano y como él busca á los hombres, pero los encuentra porque al contrario de aquel que buscaba uno bueno y nunca lo halló, Rochefort busca los hombres malos y no tiene sino el trabajo de elegirlos; es un buen amigo, pero también un enemigo terrible, pregúnteselo á *Julio*



Ferry que le presento aqui en Polichinela, que habia prometido tanto mantener la paz, y se sostuvo en guerra hasta el Tonkin, donde encontró la muerte el *Almirante Courbet*, un buen marino y



un buen escritor que con sus cartas perjudicó más al Ministro que á los chinos con sus cañones, y esto alegraba muchísimo al *Príncipe de Bismark* que juega con los tres emperadores como con títeres.



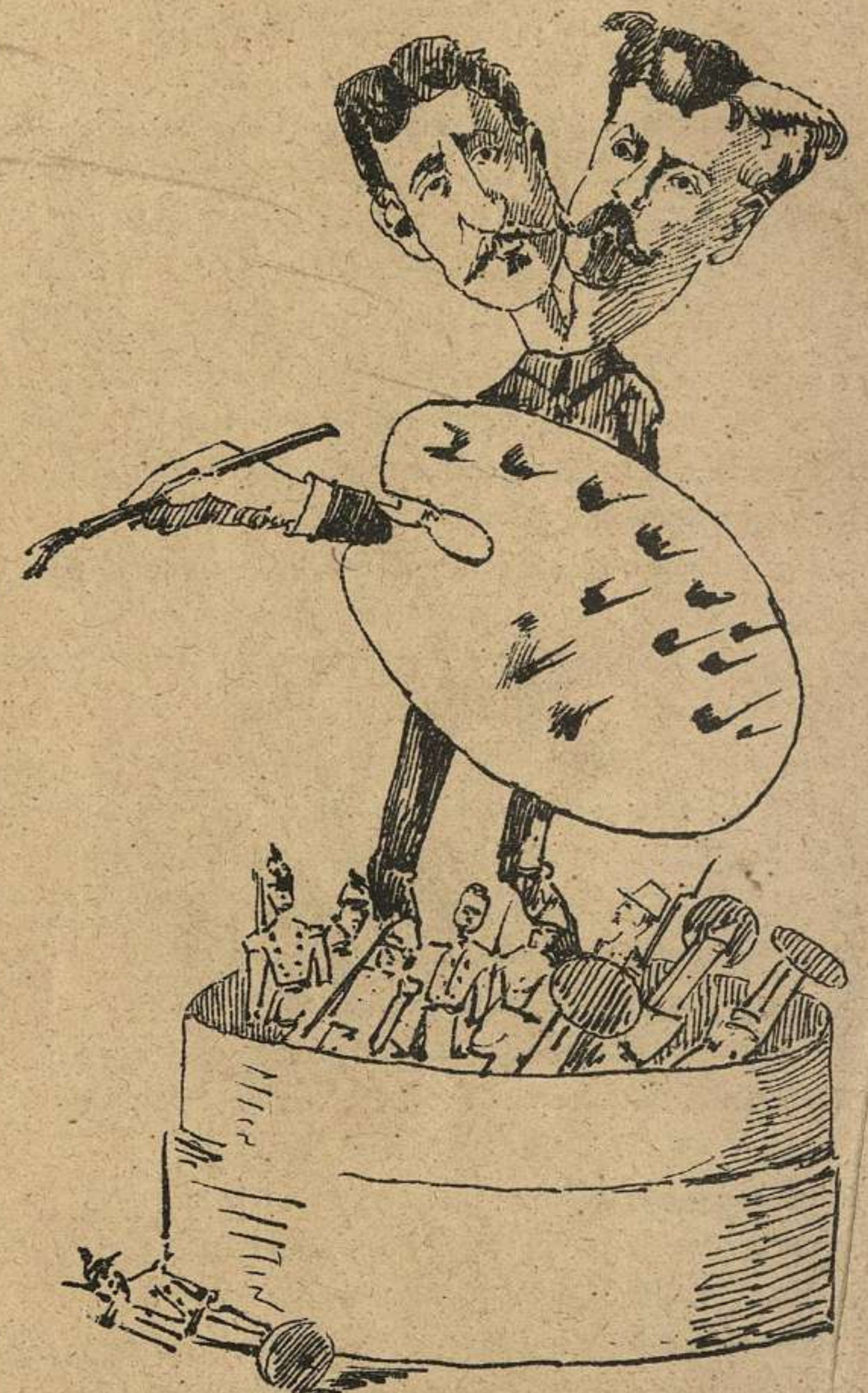
Pasando de los guerreros y hombres políticos á los poetas y artistas, comenzaremos por el del que ya no existe *Victor Hugo*,



con su hermosa cabeza de Padre Eterno; tanto se ha dicho sobre él, que el tema esta ya agotado. Vea ahí el gran pintor *Meissonnier*



que hace unos cuadros militares sumamente pequeños, pero tan bien pintados que parecen grandes; más allá sus discípulos y amigos, *Detaille* y de *Neuville*. ¡Pobre Neuville! murió en la fuer-



za de su talento; dos pintores se han completado uno al otro; á estos yo los he conocido y los he querido mucho, así que podría decir de ellos algo más pero esto no interesaría á sus lectores.

Te saludo gran *Gounod*! oh! que felicidad que no hayas venido



á oír el *Fausto* en Solís el Jueves pasado. Que destrozo! Gloria á ti inmortal autor del *Trovador* yo te coloco aqui, al lado de un



un hombre á quien seguramente no quieres mucho pero cuyo talento reconoces.

Si, si, Sarah Bernhard podrias resentirte de verte tan escualida.



pero tú sabes que en la caricatura es necesario siempre exagerar (un poco), pero si eres débil de cuerpo eres fuerte en talento y eso es una buena compensación.

Buen día Daudet, encantador escritor que diablitos haces con ese



pincel de engrudo en la mano? Ah! si ya veo á tus piés el corazón de esa pobre Safo, historia de collage realmente.

Cuando concluirás Zola de juntar basuras? tu linterna te alum-



bra bien, tu golpe de gancho es seguro y tu pluma es elocuente, pero se necesita un buen estómago para digerir algunas de tus descripciones muy crudas. Victoriano Sardou, de perfil napoleó-



nico, incisivo como Voltaire, bueno como Juan Jacobo, observador como él solo, cerraría esta galería, pero si el autor de Odette es un punto final demasiado serio, concluyámosla con la cabeza de ese comico tan célebre, en el Palais Royal, que debe todo su éxito á la amplitud de su nariz; he nombrado á Jacinto.



Adios Silva hasta el próximo número.

FAVOLA.

El cesante

Amparado por la sombra bienhechora del presupuesto, vivía don Carlos, tranquilo y feliz.

En el ministerio todos le querían.

Era tan campechano, tan bueno y tan generoso, para con sus compañeros de oficina y hasta para con las personas que á su mesa acudían en demanda de sus servicios, que, sintiéndose orgulloso por las simpatías que inspiraba, veía en todos aquellos seres una segunda familia, en cuyo seno creía aspirar el perfumado ambiente de las afecciones íntimas.

Todo se le presentaba de color de rosa.

Hasta el ministro, cuando á su paso le hallaba, dignabase saludarle con protectora sonrisa.

El hogar de don Carlos, siempre alegre y templado por el sol de la abundancia, resplandecía por los destellos de la dicha.

Al tornar de su empleo, hallaba invariablemente esperándole la sabrosa cena, rodeando aquella mesa en donde lucía la pulcritud y el buen gusto, cabiale la inefable satisfacción de ver á la amable esposa de su alma y á los hijos de su amor todos alegres y bulliciosos, llenos de proyectos, á cuales más risueños y seductores.

Y don Carlos paseaba la mirada sobre aquellos pedazos de su mismo ser, como Cristo la paseara sobre sus amados discípulos.

Y al contemplarlos robustos, preservados del frío por las gruesas telas que cubrían sus cuerpos, y al mirarlos dispuestos á cenar con envidiable apetito, y oírles charlar con alegre verbosidad, viéndose reflejado en aquella dicha sin nombre, bendecía á Dios desde lo más íntimo de su alma, y le rogaba que no apagase nunca el sol que inundara de luz el cielo de su ventura.

Durante la cena, el esposo comunicaba á la compañera de su vida las impresiones del día, y, si por acaso se suscitaban discusiones en que tuviera algo que ver la política palpitante, los consortes, sin consultarse, abundaban en idénticas opiniones.

El candidato más probable á la curul presidencial, sería el jefe superior de don Carlos.

Siendo buen gobernante—entrambos repetían—como primer magistrado de la nación, haría indudablemente la felicidad del país.

Y, á renglón seguido, salían á relucir las condiciones de carácter y la proverbial largueza del ministro, su preclara inteligencia y sus relevantes aptitudes para ocupar idónea y cumplidamente elevados puestos.

Y concluía el diálogo con esta exclamación de la esposa de don Carlos:

«¡Ay! Dios le dé larga vida, y colmado se vea de tantos bienes como alegrías ha derramado en esta casa!»

Este género de vida, quieta, apacible, inalterable, robustecía más y más al bueno de don Carlos.

Los niños educábanse con inteligentes preceptores, y prometían ser—andando el tiempo—no solo el orgullo de sus padres, si que también esperanzas de la patria.

El casero jamás vióse obligado á insistir por el importe del alquiler religiosamente satisfecho.

La criada recibía el salario con puntualidad.

Y hasta el mercado podía proporcionarles extraordinarios, gratos al paladar, aún cuando tan solo fuese en los domingos.

La esposa del probo empleado, tenía su casa como tacita de plata, y no carecía de elegantes vestidos de percal, en verano; y de lana, cuando el frío dejábase sentir.

Los niños, siempre rebosando pulcritud, usaban dos preciosos trajecitos, cada uno, confeccionados por la bondadosa madre, para los días festivos, y primorosa ropita para los días de escuela.

De vez en cuando, don Carlos se permitía el lujo de llevarlos al teatro, en compañía de su consorte; con lo cual los infantes acopiaban tema para sus pueriles observaciones durante una semana, hasta que nuevos festejos venían á distraerles de aquellos recuerdos adorables.

—Un día amaneció triste y nublado.

Don Carlos, como de costumbre, fué tempranito á su destino.

Los empleados, sus compañeros, formaban corrillos.

Unos cuchicheaban, y otros discutían acaloradamente.

En un instante impusieron á don Carlos de lo que acontecía.

Asegurábase que el ministro dimitiría su puesto, reemplazándole otro personaje de mucho acceso é influencia para con el Gabinete y que por ende respondería á sus miras políticas.

Don Carlos, hombre pacífico, de orden, alejado instintivamente de las lides electorales, rehuía las intrigas y amaños de los partidos, temeroso de ser inconscientemente injusto, cuando él creyera obrar con rectitud.

Amaba á su jefe con el cariño inequívoco de la gratitud; y porque, á más de ser este quien le proporcionara el pan de cada día, reputábase como hombre de austeros principios y de intachable honradez.

Si el ministro no hubiera contado con estas cualidades, á don Carlos le quedaba siempre el reconocimiento por los favores recibidos, y, por este lado, se veía libre de mirar á su jefe con malos ojos.

Por la tarde se retiró don Carlos á su casa pensativo, cogitabundo.

Durante la cena, que fué menos bulliciosa que de costumbre, pues hasta los niños callaban sin razón visible, y la esposa del empleado exclamaba á cada instante:

«¡Dios mio, Dios mio!... Qué cosas! «Pero todo quedará como esta. No lo dudes.»

Al día siguiente se susurraba con indicios verosímiles—que muy luego se confirmaron—que el ministro renunciaba su puesto, y que el sustituto hilvanaba en aquellos momentos, una larga lista de los empleados que debían ser destituidos.

Poco se trabajó aquel día.

El temor de la cesantía había entristecido todos los semblantes.

Don Carlos tornó á su hogar con la pena de un sentimiento triste.

Su esposa, dulce confidente de todos los pesares y alegrías que agitaban el corazón de su marido, le

reanimó con palabras de consuelo, diciéndole, cuando ya creyó agotada toda su elocuencia persuasiva:

—«Y si por acaso quedaras sin empleo, ¿imaginas tú que nos faltarian recursos para remediar nuestras necesidades más perentorias?»

«Ni lo sospeches, Carlos mio!

«Con fé, con amor y con perseverancia, todo se consigue, todo!»

Don Carlos no insistió, por no apesadumbrar á su muger; pero él pensó, que, cuando el infortunio sienta sus reales en el hogar, no suelta su presa así como quiera.

No así cuando sonrío la dicha.

¡Ay! Es tan fugaz la ventura!

Más nublado y melancólico amaneció el siguiente día al en que tuvo lugar el cambio de ministerio.

Don Carlos acudió á su oficina, y en ella recibió el pliego fatal, por el que se le notificaba la infausta nueva de su cesantía.

Cavizbajo, refugióse en su casa, en donde le esperaba su amante esposa, más solícita que nunca.

Y desde aquel instante, los días trascurrieron lentos, interminables, sin sol para el hogar, momentos antes, nido de todos los goces domésticos.

Faltábale calor á aquella vivienda; porqué, donde se ceba la pobreza, es imposible que la dicha desplegue sus alas de luz.

Tuvieron, pues, que cambiar de domicilio, trocando la linda casita, testigo mudo de pasadas alegrías, por dos piezas reducidas, que ganaban exigua renta.

La esposa del cesante despidió la criada, y, con su diligente actividad, multiplicábase, y hacia las veces de aquella en los quehaceres domésticos.

Pobres niños!

Desde aquel día infausto, quedaron sin maestro, y sin poder ir á escuelas públicas, porque sus ropitas, cada vez más estropeadas, no obedecían á los afanes de la madre, que en vano trataba de remendar los rajes, ya raídos de sus hijitos.

Y don Carlos, infatigable, buscaba trabajo que le proporcionara el sustento necesario a su familia.

Todas las puertas permanecían cerradas á su llamado.

Los amigos de otros tiempos habíanse cansado de socorrerle, y le huían como si el infeliz llevara consigo enfermedad contagiosa.

Cuántas humillaciones! cuántos desprecios! para poder conseguir el pedazo de pan de los hijos de su alma.

Don Carlos recorría las calles con paso precipitado, aterido por el frío intenso de la estación; con las manos en los bolsillos; el cuello del gaban, alzado, y el sombrero echado sobre los ojos, como para no ver la ingratitude de los hombres.

Ni una voz cariñosa le detenía en su camino, ni una mano se extendía para estrechar la suya con amistosa expresión.

Solo en su pobre hogar, cada vez más angustioso, hallaba consuelo á sus pesares.

La esposa, más tierna que nunca; los hijos cada día más amorosos, era el dulce lazo que sujetaba á Don Carlos; sin permitirle pensar en los extremos insensatos, á que se ven arrastrados los que, por desgracia, pisan la pendiente resbaladiza de la miseria, careciendo de una mano compasiva que les detenga en su marcha acelerada y peligrosa.

¡Pobre vergonzante, destinado á sufrir los estragos del hambre, las vicisitudes de la suerte avara, que no se apiada de su fé inquebrantable.

¡Sí, de su fé, de su fé que no desmaya; que espera en el destino que ha de arrebatarle de la indigencia, y trocar en luz benéfica las tinieblas del hogar, por tanto tiempo frío y desheredado de la dicha!

Bendita sea la fé!

¡La fé, que ha poblado el mundo de héroes y de mártires!

¡La fé, que ha enriquecido el corazón del hombre,

nutriéndole con la sávia de la religión del Cristo, descubriendo los destellos purísimos de la esperanza, que, ansiosos, perseguimos para envolvernos en las hondas de su luz divina.

¡La fé... ¡Ah!..

Calor y vida, esencia y origen, de todo lo creado.

Ella fué la que salvó á don Carlos; porque, inspirado por su esposa, y á despecho del desafecto de los hombres, supo mantener siempre rica y floreciente la bendita paz de su alma.

La amorosa compañera de don Carlos, cual otro ángel de celestial consuelo, enviado por Dios al seno de los hijos predilectos que mueren por su amor, derramaba en el pecho de aquel, el bálsamo consolador de la esperanza, que destierra todas las tribulaciones del espíritu.

El esposo anhelaba su palabra consoladora, como caricia materna. Y, después de oirla, parecíale por mucho rato, estar escuchando aún el acento persuasivo de su voz.

Dicha invaluable de la mujer buena y pura!.. ¡Cuán digna eres de que te veneren de rodillas!

Don Carlos retribuía afanoso, el inestimable bien, amenado de los razonamientos de su consorte.

Y se hubiera creído indigno de llamarse hombre, si; un instante siquiera, hubiese hecho sufrir aquella santa mujer, madre amantísima, y mártir de la aciaga suerte!

Don Carlos sentía en su cuerpo el hielo de la miseria, y su alma el calor vivificante de la fé. Y este fuego divino, que escondía en su pecho jamás se extinguía; porque la esposa ejemplar le hacía revivir, cuando el desaliento se apoderaba de su marido, con el soplo de su amor acendrado, imperecedero.

Cuantioso era el caudal de sus consuelos, porque bebía en la fuente inagotable de la virtud, en cuya diáfana superficie se reflejaba la imagen purísima de Dios, la de los caros hijos de su alma, y la de su esposo idolatrado.

Y don Carlos dábase cuenta á sí mismo, en medio de sus aflicciones, de que, bajo el influjo de aquella muger modelo, brotaban en su alma los sentimientos religiosos; que en ella sembrara un día la mano santa de su propia madre.

Absorto, contemplaba la ingratitude de los hombres, sin odio, sin rencores, libre de todo ruín sentimiento.

Y, lejos de rebelarse contra la pertinaz obcecación de aquellos, se compadecía de su aparente optimismo, y filosofaba sobre la humana miseria, y sus dolorosas consecuencias.

Y, á medida que sus pensamientos se elevaban desaparecían las penas de su alma, y acudíanle fuerzas para conllevar con santa resignación los rudos embates de la adversidad.

El alma que se educa en la escuela del dolor, adquiere el temple del acero, y triunfa siempre de las acechanzas cobardes del infortunio.

Preparada así para la lucha sabe mantenerse digna y noble en todas las pruebas á que se vé sometida.

Y cuando la victoria se inclina á su favor, jamás hace vana ostentación de orgullo.

Antes, por el contrario, confunde en un solo abrazo fraternal á los que le quisieron bien con los que se gozaron en su daño.

¡Patrimonio exclusivo de las almas buenas!

¡Esperar, sin las convulsiones de la desesperación, días de venturosa paz, en los que luzca el iris codiciado de la dicha... ¡Esperar la anhelada hora de las compensaciones, henchida de promesas, para premiar la confianza del amor, y la perseverancia de la virtud... ¡he ahí el éxito de la lucha por la vida!

LOLA LARROSA.

B. A.—Setiembre, 1885.

LA MUJER

Ella de Judas no inventó el beso
Que á Jesucristo sacrificó;
Ni su alma al miedo prestando asilo
Fué ella el apóstol que lo negó,
Lo amó en el triunfo y en el calvario,
Con entusiasmo y abnegación;
Incontrastable fué su creencia,
Incontrastable su corazón.

Nos encadena con su sonrisa;
Perlas sus lágrimas del cielo son;
Llore ó sonría, cautiva el alma
Con misteriosa fascinación.
Infame el hombre que la calumnia
Que sus virtudes niega; traidor.
Amante, esposa, madre ó hermana,
Quien mujer dice, nos dice:—¡amor!

RICARDO PALMA.

CARTAS

Señor Don Ricardo Palma.

Lima.

Mi distinguido señor y amigo:

Hé recibido su benévola, en exceso, fecha 12 de Setiembre ppdo., cuando yo—demasiado impaciente, quizá—ya no abrigaba la esperanza de recibirla.

Renuncio á la tarea de describir á Vd. la satisfacción que experimenté al leerla porqué, aunque gustosa me la impondría, es en todo superior á mis deseos y á mis fuerzas intelectuales demasiado débiles por desgracia y sin modestia.

Dice Vd. en su favorecida que yo tengo la benevolencia de querer dar á conocer á los lectores de EL INDISCRETO el retrato de Vd., *viejo soldado raso de las letras*. Nada hay de benevolencia en eso y si un justísimo deseo de proporcionar, á los favorecedores del semanario, el placer de conocer el autor de las bellísimas tradiciones que con tanta avidéz se buscan y se leen y que tan merecida reputación de consumado literato le han labrado.

Se infiere Vd. por gusto la ofensa de llamarse *soldado raso de las letras*, porque sabe que puede cometer impunemente semejante atentado contra su fama, atentado que nadie, ni el más pintado, se atrevería á realizar sin incurrir á sabiendas en reprochable y notoria injusticia.

Ó de otro modo ha consignado Vd. esas palabras porque—alterando una frase suya—en Vd. su modestia anda del bracero con su envidiable talento; pero ni esa razón, á mi ver, le pone á Vd. á cubierto de una censura agri-dulce á que se ha hecho acreedor por la exagerada parcialidad con que se ha juzgado.

USTED SOLDADO RASO DE LAS LETRAS! Digo, si encierran injusticia esas palabras!

Si en la república de las letras hay escalafón, como en su patria y en la mía, de fijo, ha alcanzado Vd. Señor Palma, la más elevada gerarquía militar. Es Vd. por lo menos Teniente General y Presidente; que es á cuanto se puede llegar y aspirar en mi país y..... creo que hasta en el suyo.

Si yo pudiera llegar un día á esa república, cosa que conceptúo más que imposible mientras habite este picaro mundo, y cuando me mude al otro también, sentiría inefable placer en emplear para con Vd. el tratamiento de EXCELENTÍSIMO SEÑOR, que es debido á las personas, como Vd., que ocupan tan merecida y encumbrada posición.

Pero basta de digresiones dirá Vd. con sobrado motivo, notando que la suscintéz no es mi virtud dominante, y yo, haciéndome eco de su supuesta observación, las echo á un lado para poder pasar á contestar el cuarto párrafo de su carta.

Acepto de buen grado su ofrecimiento de enviarme, en el mes que luce, una fotografía suya para hermosear con la reproducción, una de las páginas de nuestro semanario, y acepto también, por más que Vd. no tenga biografía ni haya nada en su existencia que salga de lo corriente y vulgar, los apuntes que menciona en su carta, para *zurrir con ellos su historia*, como Vd. dice.

Lamentaré desde ya una cosa, para que sea menor mi pena después, y es, Vd. la adivinará sin esfuerzo, mi reconocida ineptitud para concebir un artículo biográfico digno del personaje de que se trata y que pueda armonizarse con el retrato que aparecerá en el periódico que, podría garantizarlo, si fuere necesario, será copia fiel del modelo y por ende muy bueno.

Saldría del aprieto, seguramente, si mi mal tajada pluma tuviera en sus puntos la galanura y habilidad descriptiva de Ricardo

Palma ó la fuerza pictórica de Miguel de Santiago el autor del cuadro *El Cristo de la Agonia*, que tanto elogia Vd. en una de sus preciosas tradiciones.

Pero careciendo de esos elementos, me dirá Vd., haré un mamarracho de su historia, y yo..... ¿qué podría contestar? que trataré—aunque no lo garanto—de no hacerlo y de conseguir que supla mi insuficiencia mi decidida voluntad.

Aunque es para mí artículo de fé, que el talento es bendito y que yo por confirmar el proverbio de *lo bendito poquito*, llevo muy poco de esa mercancía en la percha de calle de mi sombrero ó en el campanario..... sin embargo, prometo..... Jesucristo! he vuelto inconscientemente con las digresiones y voy á poner punto final muy pronto á esta epístola, de suyo muy pesada, temeroso de que ántes de concluir la lectura esté Vd. ya en brazos de Morfeo y *roncando opíparamente*, como decia un amigo mío á quien, por más señas, se le llovía la azotea con buen tiempo.

Con la promesa de enviar á Vd. con el mayor gusto la colección de EL INDISCRETO á fines del corriente año, ván mis votos por su bienestar y felicidad y porque sus múltiples tareas disminuyan y no priven á las letras de uno de sus más hábiles cultores.

Con toda simpatía y cariño soy de Vd. muy atento amigo y humilde servidor Q. B. S. M.

F. J. S.

Señor Don Federico J. Silva.

Estimado Señor mio :

Acuso recibo á su muy atenta, fecha de ayer, acompañada de tres ejemplares de EL INDISCRETO que Vd. dirige y redacta.

Agradezco á Vd., mucho y sinceramente, el homenaje que ha querido Vd., benevolamente, rendir á la memoria de mi finado padre.

No puedo yo retribuir dignamente la prueba de consideración que ha dado usted á mi familia, pero, crea señor Silva, que sé apreciar en cuanto vale su delicada atención.

De Vd. muy atento SS. Q. B. S. M.

FED. R. VIDIELLA.

Casa de Vd., 23 de Octubre de 1885.

Señor Director de EL INDISCRETO

Don Federico J. Silva

Presente.

(Octubre 26 de 1885.)

Muy estimado Señor :

En nombre de mi familia y en el mio, contesto su apreciable de Vd. de fecha 23 del corriente, dándole las más expresivas gracias. El retrato y biografía de mi padre, nos han satisfecho mucho, y la carta de remisión con que Vd. ha complementado su obsequiosa galantería, nos obligan todavía más.

Quiera Vd. aceptar nuestros agradecimientos, con los cuales me suscribo su atento servidor que B. S. M.

FRANCSICO BAUZÁ.

Nuevos Cuadros

DE LA VIDA PRIVADA

LOS VECINOS

POR LA SEÑORA FEDERICA BREMMER

(CONTINUACIÓN)

beza, pero el mal se apoderó de mi espíritu, tanto que yo estaba disgustada de mí, de Lars Anders y del mundo entero. Mi marido estuvo callado durante todo el camino sin inquietarle si quiera mi jaqueca, después de haberme preguntado: ¿Como estás? le contesté «Mejor» no volvimos á pronunciar palabra.

Cuando llegamos tuve algunas órdenes que dar en la cocina, y al entrar al salón encontré a Lars Anders plantado en el canapé exhalandos grandes bocanadas de tabaco mientras que leía los periódicos. Había elegido el momento más favorable para su infracción al contrato. Esto me dió motivo para armar pendencia; en tono alegre, es verdad; pero en el fondo estaba enfadada. Sentía ganas de indemnizarme en Lars Anders de la noche de aburrimiento que había pasado. El exclamó alegremente: «Perdón,» pero quiso permanecer en su sitio con la pipa encendida á lo que me opuse pareciéndome que el viejo solterón quería tomar sus costumbres de billar.

Me suplicó por esta vez solamente que le dejase concluir de fumar su pipa en el salón, negándome á todo sin querer escucharle, amenazando con retirarme, dejándolo solo toda la noche si nó la apagaba en seguida. Lars-Anders había empezado en chanza á decirme que le dejase en paz, después se puso serio y me pidió afectuosamente, de todo corazón y por amor á él, que no me obstinase. Comprendí que deseaba ponerme á prueba, haciéndome ceder esta vez, y yo, fea corneja, no consentí, me sostuve firme aunque con alegría en mi negativa y concluí con tomar mi obra para marcharme. Entónces Lars-Anders puso su pipa á un lado. Si enfadándose hubiera

tomado un aire brusco, sinó apagando su pipa, sinó saliéndose con ella orgullosamente como un Nabab, cerrando la puerta con estrépito detrás de él y no hubiese vuelto entoda la noche, yo hubiera tenido algun consuelo, mirando la cosa como pagada y compensada dejando así el asunto; pero el no hizo nada de esto, puso su pipa á un lado y se calló. Yo fui bien pronto asaltada por los remordimientos, Lars-Anders no hizo tampoco los gestos que eran su lenguaje mimico; su mirada se esparció en el periódico con cierto aire tranquilo y resignado que me tocó el corazón. Le supliqué leyese alto, y lo hizo; pero había alguna cosa en su voz que me sonaba mal. Con una especie de irritación sofocante contra mi misma, me hice todavía más tiránica hacia él y le arranqué el periódico, comprenderás, que en chanza, diciéndole que quería leer yo misma. Me miró dejándome hacer. Empecé á leer en tono semi-jocoso algo sobre el congreso; pero no continué mucho tiempo sin anegarme en lágrimas. Me deslicé junto á Lars-Anders, echándole los brazos al cuello y le rogué me perdonase mi mal humor y mi tenacidad. Sin responder, se limitó á estrecharme contra su pecho con una ternura y una indulgencia extremada. Vi algunas lágrimas descender lentamente por sus mejillas. No he amado nunca á Lars-Anders como en este momento; yo experimentaba un verdadero amor por él. Quise empezar por una pequeña explicación y me cerró la boca. Le rogué entónces que, si me amaba, volviese á encender su pipa, y la fumase hasta extinguirse allí precisamente á mi lado; él rehusó, pero se lo rogué tanto tiempo y con algunas instancias, como una prueba de que me perdonaba, que al fin se puso á fumar. Puse mi nariz todo lo posible junto al humo, que era para mí el perfume de la reconciliación. Una vez estuve y punto de sofocarme y exhalé mi sofocación con un suspiro diciendo: «Hé aquí, mi querido oso, tú mujer no hubiera sido tan mala, si tú no la hubieras olvidado, durante toda la tarde, que aburriéndose, ha perdido la paciencia esperándote.»

Lars-Anders quitó la pipa de su boca, me miró con bondad, y con un aire casi de reproche dijo:

«Yo no te había olvidado, Fanny, sinó que estaba cerca del lecho de un agonizante, en la granja vecina; eso es lo que me impidió estar á tu lado.»

Me cubrí el rostro con las manos y tuve vergüenza de mi misma hasta el fondo del alma. Había pensado mal de él, le acusaba, y me estaba locamente vengando. ¡Qué indigna soy! Yo que debía hacer tan dichoso á mi marido, ¡qué descanso había preparado á este hombre fatigado y triste! El pensamiento de mi injusticia me atormenta todavía, y la sola cosa que puede consolarme, es que nos amamos más que ántes de esta escena. ¡Oso querido y adorado! Mas bien que darte un instante de enojo, yo te dejaré fumar en el salón, en la alcoba, en el mismo lecho, si tu quieres! Sin embargo, le ruego á Dios que no te ocurra esta idea.

Y ahora, vuelvo á tu carta, y á esta pregunta:

«¿Si, estando casada, te escribiré con tanto gusto y tanta franqueza como antes?» Si, querida Maria, está segura que lo haré; hace siete años que nos conocemos, y desde entónces, tú has sido para mi conciencia la mejor parte de mi misma. Tú eras el sereno espejo donde yo me veía, tal como era, tú has sido siempre sincera y buena, y aunque separadas hace dos años por los mares, tú eres la misma para mí. Qué sea siempre así, Maria, sinó yo temería perderme á mi misma.

A tu vista y con tu ayuda hé empezado á ser verdaderamente una criatura humana. Con tus consejos yo quiero igualmente hacer de mí, una buena esposa. Es más dulce para mí la vida, me es más cara por decirlo así al pasarla contigo á pesar de los continentes y los mares que nos separan. Lars-Anders no es de estos hombres celosos de las amigas de sus mujeres, no quiere aislar el corazón, es demasiado bueno y reflexivo para esto. Yo creo que él firmaría voluntariamente estas palabras de un maestro querido que me ha enseñado el cristianismo: «Hay en el corazón como en el cielo, más lugar cuantos más ángeles.» ¡Ah! hé aquí Lars-Anders. Lee esto que yo he escrito y firmado.

La Osa.

Viernes, 6 de Junio.

Las relaciones entre mi querida madre y yo se establecen, se empiezan bien, á Dios gracias. ¡Cuán diferentes son los días! El martes tan pesado, ayer tan agradable. Propuse á Lars-Anders de hacer una visita á madame Mansfelt, por la tarde, alegrándole mucho mi proposición. Le conté en el camino lo neciamente que me había conducido la antevíspera y mi deseo de borrar la impresión que debí producir. Lars-Anders rió, gesticuló, y llegamos contentos. Había trastorno en la casa, todos estaban agitados y mi querida madre era como el resorte, la rueda de este movimiento. Preparaban las habitaciones para sus dos hijastros verdaderos. (Lars-Anders no lo era mas que á medias), y sus jóvenes mujeres que esperaban dentro de poco. Una de éstas parejas habitará Calsfors durante algunas semanas, y la otra siempre. Mi querida madre nos recibió muy amistosamente, dió tabaco de Virginia y periódicos á Lars-Anders, y me nombró su ayudante por toda la tarde. Muy satisfecha de mis funciones, y bien dispuesta á cumplirlas tuve la suerte de agradar á madame Mansfelt.

Los muebles fueron trasportados de un lado á otro, se cambiaron las cortinas, todo pronto y bien, bajo la dirección de mi querida madre y el cuidado que yo ponía en la ejecución de sus órdenes. Se

hicieron muchas cosas en muy poco tiempo y alegremente. Tuve elices ocurrencias que hicieron reír á mi querida madre, me acarició, me pellizó las orejas, y me contestó muy festiva. Con mucho gusto la escuchaba admirando su raro talento y su especial manera de ser; es incontestable, ella tiene buen juicio y un entendimiento natural, muy claro. Trata á las gentes de la casa, como esclavos, y como niños, con severidad y ternura, y todos le son muy afectos, obedeciendo al menor signo. Una sola vez, estuvimos á punto de desunirnos con motivo de la mesa de tocador de las jóvenes, que yo quería un poco menos sencilla. Mi querida madre se enfadó, se puso á criticar el maldito lujo de nuestro tiempo, y las pretensiones de las mujeres, declarando que las mesas de tocador se quedarían como ella las había arreglado. Con las mismas toallas y los mismos espejos, esto era todo lo que faltaba. Como yo no contesté, la calma se restableció bien pronto, y yo creo que las toallas fueron al fin cambiadas, pues poco después, mi querida madre fué hácia su armario de la ropa blanca. Al arreglo de las habitaciones, sucedieron varios trabajos de la casa, más ordinarios, á los cuales me invité á asistir mi querida madre diciéndome:

«Puede seros útil, mi querida amiga, ver como se hacen las cosas en una casa de orden. Los pájaros no se vienen asados á las bocas, y es necesario vigilar hasta en las cuevas si se quiere tener alguna cosa buena sobre la mesa.»

Acompañé á madame Mansfelt á la cueva, donde baja con un grueso lápiz encarnado en la mano, y fué haciendo algunas señas, sobre los barriles de arenque y otros pescados en conserva. Mi querida madre me explicó todo, enseñándome todos los sitios de estas bóvedas subterráneas, tan bien provistas. En seguida, subimos al granero, allí yo ayudé á pasar revista á las arcas del pan, lanzando anatemas contra los ratones y pesando algunos sacos de harina. Al concluir, me vi obligada á dejarme pasar á mi misma, burlándose mucho mi querida madre, cuándo vió que yo no pesaba más de cien libras. Ella aseguró que en los tiempos de Carlos XI, una mujer que pesaba menos de cien libras, hubiera sido quemada como hechicera. Yo tomé todo esto muy filosóficamente, espresando la admiración que me causaba el orden, y la regularidad con que mi querida madre dirigía su casa, y mi admiración era sincera, pues en verdad, una casa semejante, perfectamente montada y sostenida, donde todo tiene su sitio, y su numeración, un pequeño universo de este género, merece ser estudiado y admirado así como el ama de la casa, reglamento vivo y seguro, que conoce y fija todos sus negocios, como un general puede conocer sus fuerzas de combate. Cuando esta agitación y todos los trabajos estuvieron terminados, nos sentamos á descansar en un canapé, y madame Mansfelt me habló así: «Solamente de vez en cuando, mi querida Franciska, paso una revista de este género en mi casa, lo cuál hace que las gentes estén en guardia, y las cosas en orden. Si al reloj se le dá cuerda en tiempo útil, marcha solo. Así sucede en la casa, la regla fija y el orden es todo, acordaos de esto, mi querida Franciska, algunas amas de casa se dan mucho tono, moviendo sin cesar su manajo de llaves, corren sin cesar, de la cocina á la despensa, y es tiempo perdido, es mejor que una mujer cuide su casa con la cabeza que con los piés. Si el marido no lo halla bien así, es por que será un necio, entónces su mujer puede á su gusto hacer resonar el manajo de llaves en sus oídos. Algunas amas de casa van continuamente detrás de sus criados, y esto no es conveniente, es preciso dejarles libertad, y calma para obrar.»

«No se debe amordazar la boca del buey que lleva el grano,» que estas gentes sean responsables de lo que hacen, es bueno para ellas y tambien para su ama. Tratadles con severidad, respecto á los sentimientos y al honor. Remuneradles bien lo que ganan, que el obrero merece su salario, pero tres ó cuatro veces por año y en momentos imprevistos, se cae sobre ellos como la última vez, examinando todas las esquinas y rincones, haciendo como el rayo estragos, que toca aquí y allá, cuando ménos se le espera. Esto limpia la casa por algunas semanas. Sin la pólvora no se hace ruido.»

Tal era la doctrina de mi querida madre, en seguida dirigió la conversación sobre Lars-Anders; «Si podéis decir, mi querida Franciska, que teneis por marido un hombre de corazón, pero es testaruda á su manera, y vos tendréis vuestro partido sobre él como yo tengo el mio, ya veremos como lo tomáis; sois pequeña pero podéis obrar, y os aseguro que de cualquier manera que procedáis con vuestro marido, será siempre un hombre de honor. Por eso os doy un consejo único, no le digáis jamás una mentira, ni aun de pequeñeces para salir de una gran dificultad, una mentira conduce á otra mayor y arroja la confianza de la casa.»

(Continuará)

TEATRO SAN FELIPE

COMPANIA ITALIANA DE OPERETAS Y ÓPERAS CÓMICAS

DIRIJIDA POR LOS SEÑORES

D. Julio Casali y D. José Strigelli

HOY JUEVES 29

DOÑA JUANITA

AGENTES
DE
"EL INDISCRETO"
EN EL INTERIOR Y EXTERIOR

Artigas	Bernardo G. Berro.
Canelones	Severino Cabrera.
Cerro-Largo	Leonardo Fernandez.
Carmelo	Norberto Estrada.
Colonia	Miguel Repetto.
Florida	José Iribarne.
Fray-Bentos	José Sanmartí.
Mercedes	Magín Rivas.
Minas	Sanchez Hos.
Piedras	Manuel Sanchez.
Porongos	Luis Massimino.
Paysandú	L. Vidart.
Rosario	J. Barrera.
Rocha	Antonio M. Gimena.
San José	Luis Fabregat.
Salto	Miguel Garcia (padre)
Sauce	José G. Castilla.
San Ramón	José Cortejarena.
Sarandí	Fernando Silva y Antuña.
Santa Lucía	Viuda de Machenand.
Tacuarembó	Lucrecio Magnone.
Treinta y Tres	Salvador Aguerreberre.

BUENOS AIRES

J. Durand *La Minerva, Calle Florida.*

ASUNCIÓN DEL PARAGUAY

Luis Frescura *Establecimiento Litográfico*

D. R. JUAN JOSÉ SEGUNDO

Tiene su estudio de abogado en la calle del 18 de Julio Núm. 84.

Perm.

PREPARACIONES
DE
"COCAINA"

Si hay algo útil para restablecer la salud, si alguna preparación puede garantizarse, son las de

COCAINA
DE LA
FARMACIA DE LONDRES
DE
MODESTO J. MANGINO

El Elixir para las enfermedades del estómago.— El Jarabe para la tos, resfrios, etc.— Las pastillas para las enfermedades de la garganta.— El Jarabe para la dentición de los niños.— La pomada para las almorranas, llagas, tajos, etc.— La Inyección para la Gonorrea, Gota, etc., y la *Cocaina* para el dolor de Muelas, Oídos, Garganta, etc., etc., son todos de efecto garantido.

CALLE 25 DE MAYO Núm. 364
FARMACIA DE LONDRES

Perm.

L. LEGRAND
PERFUMISTA
PROVEEDOR DE VARIAS CORTES EXTRANJERAS
PARIS 207, RUE SAINT-HONORÉ, 207 PARIS

Desconfiarse de las falsificaciones de Alemania bajo los nombres de *L. Legros y Ca. y otros.*
Poner mucho cuidado que el producto lleve la verdadera firma incluida. **Legrand.**

ORIZA-OIL A TODOS LOS PERFUMISTAS <i>Óleo adoptado por la moda</i> Para el cabello	ESSENCIA ORIZA PERFUMES NUEVOS <i>Adoptados por la moda</i> QUE HAN OBTENIDO LA MEDALLA DE MÉRITO En la Exposición de París, 1867
--	--

deposítos
En casa de los principales Perfumistas y Peinadores de las Américas. Depósitos en Montevideo: A. DEMARCHI Hermanos y Ca.—BELGRANO Hermanos.

Perm.

DESPENSA DE LAS FAMILIAS
DEL
EXPRESO AMERICANO

ESCRITORIOS
25 de Mayo 366 (Palacio Gomez) y Yaguaron 220
DEPÓSITOS
25 de Mayo, 362 y Curiales, 5

VINOS FINOS Y DE MESA
ORIENTALES (Granja Vidiella)
ARGENTINOS, CHILENOS, ESPAÑOLES, RANCESES É ITALIANOS
CONSERVAS ALIMENTICIAS
DE PRIMERA CALIDAD

ESPECIALIDAD EN THÉ Y CAFÉ

Los vinos para mesa, se llevan á domicilio en barrilitos de 9.50 litros (16 cuartas) y 16.50 litros (28 cuartas), ó en botellas devolviendo en ambos casos el envase. Los demás artículos, esmeradamente acondicionados.

Perm.

Manuel R. Alonso
ESCRIBANO PÚBLICO
Escribanía, calle de Colonia núm. 19. Casa particular, Rio Negro núm. 282.

Perm.

Quién no prueba fortuna!
HOY INAUGURACIÓN DE LA GRAN RIFA
del Bazar
89-CALLE 18 DE JULIO-89

Miles de premios de valor

Chalones de cachemir de la India, mantillas Chantilly, abanicos de nácar son paisaje, de encaje de Inglaterra, abanicos fantasía, cortinados, tapados para señora, rebozos de gró y granadina adornados, pañuelos finos, baldones de cachemir y cambrey con valencianas; grupos artísticos y candelabros y miles de objetos de lujo y fantasía y artículos para señora, caballeros y criaturas.

Por la exposición de los objetos, el público se convencerá del valor y mérito de los premios y de la legalidad de esta rifa, estando todas las cédulas en un globo.

La cédula vale 20 centésimos
89-CALLE 18 DE JULIO-89

Perm.

Fortificante ANTI-FIEBROSO * APERITIVO LLAMADO Al mayor éxito	COGNACKIN	Fortificante ANTI-FIEBROSO * DIGESTIVO ESTÁ RECOMENDADO Á LAS SEÑORAS LOS NIÑOS Y VIEJOS
Delicioso licor con base de viejo cognac INVENTOR Y ÚNICO FABRICANTE A. ARDURA B. AYE cerca de Cognac (Francia)	COGNACKIN A NINCKINGO	Delicioso licor con base de viejo cognac INVENTOR Y ÚNICO FABRICANTE A. ARDURA B. AYE cerca de Cognac (Francia)

Perm.

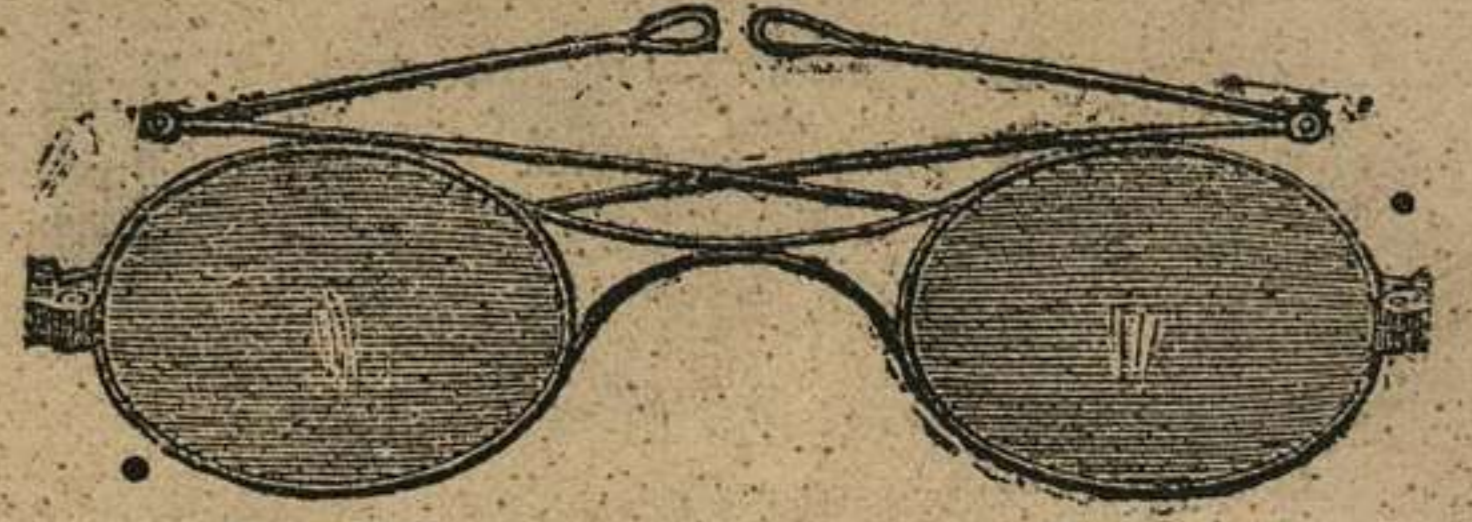
LA INDEPENDENCIA
GRAN FÁBRICA DE CIGARRILLOS HABANILLOS
DE
JOSÉ M. DEL CAMPO Y HNO.
18 DE JULIO 487
MONTEVIDEO

En este establecimiento encontrarán los favorecedores un gran surtido de cigarrillos de papel y chala elaborados con los mejores tabacos é igualmente variadas clases de cigarrillos habanos de superior calidad, garantida.

Los pedidos del interior y exterior serán atendidos sin demora y acondicionados esmeradamente.

Perm.

OLIVA Y SCHNABL



UNICA CASA ESPECIAL
EN LENTES Y ANTEOJOS
PARA CUALESQUIER DEFECTO DE LA VISTA

MONTURAS EN ORO, PLATA, ALUMINIUM, ETC.

GRAN SURTIDO DE GEMELOS PARA TEATRO
EN NÁCAR, MARFIL, ALUMINIUM, NEGROS, ETC.

À TODO PRECIO

Instrumentos para Agrimensores INSTRUMENTOS Para Médicos y Cirujanos OJOS ARTIFICIALES	Camelos para Teatro, para Marina Y PARA CAMPO ANTEOJOS LARGA VISTA PARA ESTANCEROS Y UNO DE 4 LEGUAS DE ALCANCE
--	---

25 DE MAYO Núm. 240
ENTRE MISIONES Y ZABALA

Perm.

EDUARDO GARÇAO
ESCRIBANO PÚBLICO
Escribanía, calle Zabala Núm. 161.

Perm.

PAPELERIA
DE
Galli y Ca.
CALLE 25 DE MAYO Núms. 302 á 312

Tinteros de todas clases; gran surtido de papeles de fantasía con monogramas y flores á la acuarella; carteras finas; lapiceros y un surtido completo de artículos de fantasía.

PAPEL PINTADO
EL MÁS EXTENSO SURTIDO DE LIBROS Y PAPELES EN BLANCO
VENTAS POR MAYOR Y MENOR
PRECIOS DE LA CASA NO ADMITEN COMPETENCIA

Perm.

Dr. Benito del Campo
MÉDICO-CIRUJANO DE LA FACULTAD DE MONTEVIDEO

Da consultas de 12 á 2 p. m. en su casa,
calle de Rivera Núm. 10.

Perm.

EXIGIR EL VERDADERO NOMBRE
Grabado sobre cada division
CHOCOLAT MENIER
DE PARIS
Cuidarse de las imitaciones

Perm.

A. GODOY
ESTABLECIMIENTO TIPO-LITOGRAFICO
A VAPOR
Calle del Cerrito 231